



LA AGENDA Y LA CORBATA

Los dirigentes de ETA no sólo tienen agenda; se han comprado corbatas con las que lucir su nuevo rol institucional

ETA tiene una agenda y dice haber apuntado en ella «el desarme», condicionado a que el Gobierno cumpla su parte de un trato que nadie ha admitido en voz alta. De ello se colige que los terroristas dan por hecho, quizá con razón, que su proceso de reconversión política forma parte de una suerte de acuerdo, de un *quid pro quo*, de una negociación más o menos pactada con el Estado. Y se deduce también que el único compromiso actual de la banda es el de no utilizar las armas, no el de desprenderse de ellas. Al menos mientras no reciba garantías de lo que Groucho Marx llamaría la parte contratante de la primera parte.

En este nuevo marco resulta significativo que ETA tenga una agenda donde anotar la hoja de ruta de su proyecto. Los terroristas están abandonando el *lado oscuro* para convertirse en agentes políticos que se pasean por la escena pública con sus papeles bajo el brazo. No sólo tienen agendas; se han comprado incluso corbatas con las que lucir simbólicamente su nuevo rol institucional. La nueva ETA ya no usa capuchas ni verdugillos salvo para la farsa escenográfica de los comunicados en vídeo; sus responsables, sus verdaderos dirigentes, los que toman las decisiones —políticas— viven bajo la luz pública y salen a menudo en la prensa y en la tele.

Ese ha sido el cambio sustancial operado bajo la larga negociación puesta en marcha por el zapaterismo. El núcleo de decisión de ETA se ha trasladado a este lado de la frontera y es más que posible que no sólo no opere en la clandestinidad, sino que ofrezca ruedas de prensa y actúe con la naturalidad de un interlocutor normalizado. La célebre «dirección militar» ya no son más que siniestros monigotes al servicio de una estrategia que no establecen ellos. La agenda está en otra parte; en el lugar desde el que se puede trazar un proceso político y escribir un nuevo relato simbólico del terror que minimiza la tragedia, equipara a las víctimas con sus verdugos y llama paz a un armisticio de conveniencia.

Lo sustantivo de la autoentrevista propagandística de «Gara» no reside en sus enunciados —ese detestable lenguaje que subvierte la realidad con estúpidos eufemismos— sino en su estructura profunda, en sus significados implícitos. ETA está cómoda en su reconversión, aspira a formar parte del paisaje institucional y mantiene intacto su proyecto político, respaldado por la posesión de un arsenal que pretende utilizar como refuerzo disuasorio. De ninguna manera se siente derrotada, sino sujeto de un proceso de integración progresiva en el que contempla su paso fluido a la política. Sin reparación, sin autocritica, sin petición de perdón, sin reconoci-